

CURACIÓN EN LA PISCINA DE BETESDA

(JN 5,1-16)

“¿Quieres curarte?... Levántate, toma tu camilla y anda”



Estimados lectores, amigos de la Biblia

Bienvenidos a este nuevo comentario bíblico, que tiene como protagonista al parálitico de la piscina de Betesda.

¡Hay tantas y tan variadas situaciones en la vida!, pero nosotros, concentrados en lo nuestro, no solemos ver lo que viven otras personas y mucho menos la acción de Dios en ellas. La Palabra de hoy nos ayuda a ver lo que no solemos ver.

Comenzamos.

LA SITUACIÓN EXISTENCIAL DEL ENFERMO

El texto bíblico de hoy comienza describiendo una piscina donde se congregaban “muchos enfermos: ciegos, cojos y paráliticos” que, sin solución para su enfermedad, se aferraban a una última esperanza: llegar los primeros al agua cuando esta se agitaba:

Periódicamente bajaba un ángel a la piscina y agitaba el agua y el primero que se metía... quedaba curado.

La descripción nos recuerda la fe con la que muchos enfermos acuden a Lourdes o a otros lugares de peregrinación de los que se cuentan curaciones sorprendentes.

No somos nosotros, hombres modernos, muy dados a creer en estas cosas, pero a veces la vida nos coloca en situaciones sin salida en las que nada ni nadie puede sacarnos de ellas. Es entonces cuando nuestra situación se parece a la de este hombre: enfermo, imposibilitado de curarse y pendiente de que alguien le ayude o del favor de Dios. Y puede que, en esos momentos, acudamos a algún lugar de estos o a otro recurso que tenga que ver con él.

Este hombre en concreto, llevaba treinta y ocho allí, sin haber podido llegar nunca el primero al agua cuando esta se movía, condición esencial para curarse.

¿Cómo afecta al ser humano una situación tan prolongada de sufrimiento? ¿Qué le sucede a quien se ve obligado a vivir muchos años en un contexto que le limita y aflige e imposible de superar? Lo lógico es que se canse, que pierda la esperanza, entre en depresión e, incluso, que piense en el suicidio como única salida. ¡Dramático!, pero es así. Nuestra sociedad está plagada de personas que viven desesperanzadas y hasta desesperadas.

EL MODO DE VIVIR Y ACTUAR DE JESÚS

Dejamos por el momento a nuestro enfermo para fijarnos en cómo va Jesús por la vida: atento, muy atento a las personas, sobre todo a las más necesitadas, como es el caso de este hombre.

¿Por qué Jesús se fija en él? El texto solo nos dice que estaba “enfermo hacía treinta y ocho años” y que Jesús sabía “que llevaba mucho tiempo allí”. ¿Cuántos enfermos habría allí aquel día? Puede que muchos. ¿Y cuántos en su situación? No lo sabemos, pero conociendo la predilección de Dios por los más pobres y necesitados, podemos pensar que la de esta persona era especialmente grave, no solo por la enfermedad sino porque, después de tantos años estaba perdiendo la esperanza o puede que la hubiera perdido ya.

“Jesús lo vio echado”, se aproximó a él y le hizo una pregunta: “¿QUIERES CURARTE?” No es cualquier pregunta. Con solo dos

palabras Jesús va a la hondura de esta persona e indaga sobre su actitud ante la vida, tan difícil y sufrida. Es como decirle: “¿Qué esperas de la existencia? ¿Todavía esperas o sólo desesperas? ¿Tu vida tiene horizonte o te ves condenado a lo que te ha tocado?”

La cuestión es dramática pues de la respuesta depende que este hombre esté todavía vivo o ya muerto en vida. Porque de eso se trata: de su actitud interior y de su disposición a recibir el don de Dios que no le ha llegado por el agua, pero que le va a llegar por otro camino. Jesús, que nos conoce mejor que nosotros mismos, mira su disposición interior que condiciona y determina su modo de estar ante la vida. La respuesta del parálítico no es ni “sí” ni “no”, sino un discurso razonado:

Señor, no tengo a nadie que, al agitarse el agua, me meta en la piscina, y en lo que yo voy, otro baja antes que yo.

Lo que dice es verdad, pero ¿qué esconden o reflejan sus palabras? Se pueden interpretar de varias maneras:

- Como una excusa para justificarse y quedar bien ante Jesús.*
- Como una forma de hacerse la víctima y suscitar la compasión de quien le escucha.*
- Como un modo de esconder su desesperanza porque, después de tantos años, ya sólo le queda resignarse.*
- O como signo de cierta esperanza, pues todavía permanece en la piscina y, sin conseguir llegar al agua el primero, le hace ver a Jesús que necesita de su ayuda.*

Es probable que todo esto se diera, en mayor o menor proporción, al mismo tiempo y que, a pesar de todo, perviviera en él un resquicio de esperanza. ¿Fue este resquicio lo que Jesús vio y le llevó a intervenir? No lo sabemos, pero una cosa es cierta: a diferencia de otras veces en las que Jesús pide a sus interlocutores que confíen, a este hombre no le pide nada, sino que, sin mediar palabra le dice:

Levántate, toma tu camilla y anda. En aquel mismo instante el hombre quedó curado, tomó la camilla y comenzó a andar.

Impresiona que este hombre respondiera de forma inmediata a la orden de Jesús. ¿Es lógico que habiendo estado treinta y ocho años parálitico, obedezca así? ¿Lo es que no dude de que podrá andar o que no pregunte algo antes de intentarlo? Porque si no hizo nada de esto, su reacción indica confianza en Jesús y seguridad de que su palabra tiene poder, es efectiva y se realiza: “en aquel mismo instante...”

LA POSTURA DE LOS JUDÍOS

Pero “aquel día era sábado”, y en sábado no se podía trabajar.

¿Conocerían los judíos al parálitico? Es probable, pues treinta y ocho años dan para mucho pero, al verle llevar su camilla lo único que le dicen es: “Es sábado y no puedes llevar tu camilla”.

¡Qué curioso! No se fijan en que siendo parálitico esté andando, no se interesan por él, no se alegran con él ni le felicitan por poder hacerlo, sino que le reprochan por llevar su camilla en sábado. Solo cuando él apela a la autoridad de quien le ha curado le preguntan: “¿Quién es el hombre que te dijo: toma tu camilla y anda?”, pero él no puede responder porque no lo sabe.

La pregunta de los judíos no expresa sorpresa o admiración por lo sucedido ni tampoco interés por Jesús, solo urgencia por identificar al causante de lo que ven como un desorden para echarle en cara haber curado en sábado, como sucede en otros episodios de la vida de Jesús. No se fijan en que un parálitico de tantos años esté andando ni intuyen que Dios pueda estar por detrás de ello porque SON CIEGOS DE ESPÍRITU e incapaces de ver más allá de lo superficial y controlable: la norma, convertida en criterio único y absoluto.

Según Éxodo 31,13-17, Dios mandó a Moisés “guardar el sábado” y no trabajar para que fuera un día de celebración y fiesta por la obra de Dios en beneficio del hombre:

Día consagrado a Yahvé..., como recuerdo perpetuo de que en seis días hizo Yahvé los cielos y la tierra y el día séptimo descansó y tomó respiro (Ex 31,13-17).

El sábado, por tanto, debía ser dedicado a agradecer y alabar a Dios por la creación del mundo, pero los judíos habían olvidado su sentido original y habían absolutizado la prohibición, reduciéndola a una norma situada por encima del don de Dios y en

contra del hombre. Ciegos, son incapaces de percibir, celebrar y alegrarse por su obra en este hombre, como lo fue la creación del mundo o la salida de Egipto, y no intuyen que pueda ser un signo de su amor salvador.

EL ENCUENTRO EN EL TEMPLO

Pero la historia no acaba aquí. Dios ha iniciado su obra en este hombre y no la dejará inacabada. Su vida empezó a cambiar cuando Jesús “lo vio echado”, pero la curación de sus dolencias era solo el punto de partida de una salvación más honda y radical.

Jesús “desapareció entre la gente.” Más tarde lo “encontró en el templo” y, de nuevo, se dirigió a él, esta vez para llevarle más allá de la salud recibida, a un nivel más profundo de salvación: la del pecado, la mayor y peor de las enfermedades.

Nos preguntamos: ¿Por qué este hombre fue al Templo? No lo sabemos, pero podemos pensar que, después de treinta y ocho años enfermo, puede haber ido para agradecer a Dios.

Meses atrás saludé en la Parroquia a dos señoras que no conocía. Una de ellas me dijo: “Acabamos de salir del hospital donde mi hermana (que le acompañaba) ha pasado (no recuerdo cuánto tiempo dijo) con una enfermedad muy grave y lo primero que estamos haciendo es venir a la Iglesia a agradecer a Dios por su salud”. Es probable que este hombre hiciera algo parecido.

En el Templo Jesús actúa como lo hizo en la piscina: se dirige a él y, con pocas palabras, va al fondo de su ser. Allí le preguntó por su actitud vital: “¿Quieres curarte?”; aquí va más allá para alcanzar su realidad más honda, la más grave enfermedad que nos aqueja a todos, el pecado:

Mira, has sido curado. No peques más para que no te suceda algo peor.

¿Por qué Jesús le habla del pecado si no lo ha hecho antes? Dos hipótesis:

- *Porque este hombre tuvo una mala vida y Dios le castigó con su enfermedad hasta que, pagados sus pecados, le cura y le previene de que no vuelva a las andadas porque sí no...*

Desechamos esta hipótesis porque refleja una imagen de Dios cruel y castigador que no se corresponde con la Biblia.

- *Porque, habiéndole salvado de su parálisis, Jesús quiere salvarle del mayor mal: el pecado que anida en el corazón humano, que si nos domina, es mucho peor que los treinta y ocho años pasados al borde de la piscina. Esta segunda hipótesis es más probable y acorde con el texto.*

Aplicando la historia del paralítico a nosotros, deducimos:

- *Que Dios nos busca continuamente, conoce nuestra necesidad e interviene para salvarnos.*
- *Que su salvación pasa a veces, como en este caso, por la salud corporal, que es lo que nosotros deseamos y mejor entendemos. Pero no siempre es así. Dios tiene sus caminos y una enfermedad u otro tipo de desgracia también pueden ser camino para una salvación más honda.*
- *Que lo que Dios quiere para nosotros es mucho más que la salud: es liberarnos del poder del mal, del pecado y de la muerte, ser nuestro fundamento último y comunicarnos su misma vida.*
- *Que para quien se ha encontrado con Dios y ha sido salvado por Él, rechazarlo y vivir sin Él (ese es el gran pecado) lleva a una situación mucho peor que la que puede suponer cualquier enfermedad o desgracia: el sinsentido.*

LOS MÁS ENFERMOS

Nuestra última palabra es para los judíos. Al final de este comentario nos damos cuenta de que los enfermos más graves son ellos, por la ceguera de su corazón. Ciegos y dominados por el pecado, les sucede el “algo peor” del que habla Jesús: que no conocen sino que rechazan a Dios.

Esto se manifiesta en que, ante la obra de Dios, no solo no tienen ojos para verla sino que lo único que se les ocurre es “perseguir a Jesús porque hacía tales cosas en sábado”. Y le perseguirán hasta matarlo, intentando así eliminar al mismo Dios en cuyo nombre se erigen como guardianes de la ley.

CONCLUSIÓN

¡Cómo sorprende la lectura de la Palabra!

A NOSOTROS NOS PARECE que lo más importante es recuperar la salud, pero no: lo es más encontrarse con Jesús; NOS PARECE que el necesitado de salvación es el paralítico, y lo es, pero lo son más quienes no ven lo que sucede ante sus ojos; PENSAMOS que el mayor problema es la falta de salud, pero lo es mucho más el dominio que el mal (el pecado) ejerce sobre nosotros; PENSAMOS saberlo todo y tener derecho a juzgar a los demás, pero nos falta vivir abiertos a las sorpresas de Dios y de la vida; PENSAMOS que hay que respetar las normas, pero lo esencial es contemplar la libertad de Dios en favor del ser humano.

Puede que al inicio de este comentario pensásemos conocer bien este texto y, sin embargo... ¡Cuántas sorpresas nos tenía reservadas! ¡Cuánta riqueza oculta de la que no éramos conscientes!

Un último apunte: este episodio lo podéis ver, magistralmente presentado, en la serie “Los Elegidos” Cap. 12: [Los.Elegidos.\(The.Chosen\).2Xo4.La.Oportunidad.Perfecta cap. 12](#) (en vídeos).

¡Gracias Señor! Te alabamos y te glorificamos por tu gran bondad para con nosotros.

Un gran abrazo a todos.

Carlos Rey - SDB